

# Proyecto Kelvin

JESÚS RUIZ MACHUCA

Copyright © 2023 Jesús Ruiz Machuca

Revisión junio 2023. Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798386246884

A todos los que, con vuestros aportes, comentarios, correcciones y sugerencias, habéis hecho posible Proyecto Kelvin,

GRACIAS

«Si conseguimos que la gente se evada de sus preocupaciones diarias, es que hemos hecho bien nuestro trabajo. En eso consiste el entretenimiento.»

John Phillippe

# Prólogo

*Por David Sánchez Pinilla*

Algunos prólogos suelen ser maniobras encubiertas de autobombo, y quienes los escriben lo hacen intentando quedar por encima de la obra y autor que presentan.

Este prólogo no pretende esto, pero sí debo darles una explicación de por qué soy yo quien lo está haciendo.

Conocí a Jesús Ruiz Machuca en el lejanísimo año 1997, y aunque la vida nos llevó por derroteros divergentes, aquellos breves pero intensos años universitarios dejaron una profunda huella, y es que nada como tener personalidades, gustos y aficiones afines.

Sin embargo, la más inesperada de todas ellas, la escritura, no provino de aquellos años, sino de mucho tiempo después. Afortunadamente, lo bueno que tenemos Jesús y yo es que pueden sucedernos muchas cosas (sucedieron), pueden pasar muchos años sin vernos (pasaron), puede venir una pandemia mundial (vino), pero cada vez que contactábamos era como volver a aquellos días de la facultad y nos poníamos al día enseguida, como si la última vez que hubiésemos hablado fuese ayer, con esa familiar sensación de que siempre hemos estado ahí. Y, en cierto sentido, así fue, es y será.

Y así, una de las veces en que retomamos el contacto nos pusimos a hablar de literatura y de escritura, lo cual derivó en el típico combate de egos, ya saben cómo va: «Pues yo escribo»; «Curioso, yo también», eso

sí, todo desde la más absoluta caballerosidad, y después de lo cual, comenzamos a intercambiarnos relatos, impresiones y sugerencias, y en algún momento, no recuerdo bien cómo ni por qué, me habló por primera vez de la *embamerita* y de sus propiedades, basadas en consultas que había realizado a algunos amigos Físicos que le habían estado asesorando sobre ciertas cuestiones más propias de la ciencia que de la ficción, así como otros detalles de la trama que no les destriparé, pero que ya le rondaban por la cabeza y a los que tenía la firme convicción de darles forma de libro.»

Y ese libro, por fin, es una realidad.

Según los cánones de la física oficial, ha transcurrido mucho tiempo desde aquella conversación en la que me contó el germen de lo que están a punto de leer, pero, como decía antes, para mí es como si me lo hubiese contado ayer; y hoy me encuentro con el honor de estar escribiendo el prólogo de aquello de que me habló hace ya tanto, o tan poco, como si hubiese sido ayer, como si entre nosotros el tiempo no transcurriese de forma lineal.

Con que disfruten de esta obra una pequeña parte de lo que yo he disfrutado siendo testigo privilegiado de su gestación, Jesús habrá logrado su objetivo.

No quiero que pierdan más tiempo leyendo aburridas introducciones, estamos todos aquí para leer «Proyecto Kelvin», así que, léanlo.

«Durante muchos años pensé, en innumerables ocasiones, qué ocurriría si a lo largo de mi vida llegaba a descubrir algo importante. Pero no me refiero a la repercusión del hecho en sí ni a sus consecuencias, sino al momento puntual. Concretamente, a lo que podría sentir, a qué emociones me invadirían en ese preciso instante.

Ese día llegó. Ya lo creo. Aquella noche estaba de guardia en el observatorio con la doctora Tanaka. Recuerdo que manteníamos una amena charla y ella abandonó un momento la sala para ir al aseo. Entonces sonó la alarma. El sobresalto hizo que derramara parte del café sobre mis pantalones. El resto, vaso incluido, se fue directamente al suelo cuando miré los monitores.

Donde justo un segundo antes no había nada, aparecieron tres enormes masas. Debía tratarse de un error. La voz de la inteligencia artificial se mezcló con los timbres de aviso, anunciando un primer impacto contra la Tierra estimado en cuatro días y cuatro horas. La confirmación de otros puntos del planeta apenas tardó en llegar, certificando que no se trataba de fallo alguno. Mi compañera volvió, aterrorizada, mientras yo observaba a través del telescopio.

Efectivamente, allí estaban. Le parecerá una estupidez, pero lo primero que se me vino a la mente fue una historia que me contaba mi abuelo sobre tres diosas de una saga de videojuegos a la que él jugaba de joven. Hermosas y terribles como aquellas rocas que se nos venían encima.

Así que, respondiendo a su pregunta sobre qué sentí cuando la doctora Tanaka y yo descubrimos los meteoritos, puedo decirle que muchas cosas en muy poco tiempo. Confusión, nervios... incluso admiración ante la belleza de semejante grandiosidad surgida de la nada.

Pero todas esas emociones estaban eclipsadas por el terror de saber, casi con total certeza, que nuestra existencia tocaba a su fin.»

*Fragmento de la entrevista al doctor Kenta Oka, ingeniero del Observatorio Astronómico de Ōizumi, Japón, publicada en el Global Herald con motivo del décimo aniversario de la caída de las Tres Diosas.*



# Capítulo 1

«Las Tres Diosas es el nombre con el que se conoce a los tres asteroides que se desprendieron del cometa SDR-7348-C, y que impactaron contra la Tierra entre septiembre y octubre de [...] Nay00, el primero de los tres, cayó en Nueva Zelanda, destruyendo la isla por completo e inundando la mitad este de Australia [...] Din00, el segundo y de menor tamaño, cayó en el Mar del Norte, ciento sesenta millas al este de Aberdeen, causando graves daños en las costas del Reino Unido, Norte de Europa Occidental y Noruega [...] Far00 fue el mayor y más catastrófico [...] estrellándose cerca de Oaxaca, México, y destruyendo la mitad sur del país y gran parte de Centroamérica [...]»

*C. Callaghan. Grandes Catástrofes de la Humanidad.*

El comisario Carrasco ladeó la cabeza y se golpeó furiosamente la base del cuello, intentando matar a uno de los centenares de mosquitos que llevaban martirizándole toda la mañana.

Pulsó una tecla del intercom de su escritorio:

—¿Sabrina?

—¡Dígame! —respondió una voz al otro lado de la línea.

—¿Puede decirle a Gálvez que se presente en mi despacho?

—Enseguida, comisario.

—Gracias.

Cerró el intercom y reforzó la solicitud a la manera clásica del grito pelado.

—¡Gálvez! —rugió.

Instantes después, el adjunto Gálvez entraba precipitadamente en el despacho.

—¿Me llamaba, comisario?

Lo que acababa de cruzar la puerta era físicamente lo opuesto de Carrasco. Un hombre de baja estatura, rechoncho y con un bigote finísimo tan ridículo como la desvencijada cortinilla que lucía a modo de peinado. Si él y su superior hubieran salido de un experimento genético, representarían a la perfección el fracaso y el éxito, respectivamente.

—Gálvez —comenzó el comisario— ¿sabemos ya algo del técnico del aire acondicionado?

—Verá, me dicen que tienen a los tres operarios finalizando las instalaciones de La Plana, que tan pronto terminen les enviarán para acá.

—¿Tres operarios? ¿Tres, para todo el sector de Invitación, con esta temperatura?

—Yo... yo he...

—¿Y qué hay de los operarios de los cristales? ¿Y el suministro de bombonas de agua para oficinas?

—Yo... comisario...

Carrasco se levantó furioso, el cuerpo hacia delante, apoyando los puños como mazas sobre el escritorio. Su camisa de lino, de un blanco impoluto a primera hora, era en estos momentos un gigantesco rodal gris oscuro de sudor pegado al cuerpo.

—Gálvez, ¿en serio tengo que volver a explicárselo? Parece que hemos viajado cuatrocientos años atrás en el tiempo y nos hemos instalado en un chamizo infame. Sin climatizador, sin cristales en las ventanas, teniendo que ir al baño a beber un agua que casi se puede masticar... nos comen los bichos, no sacamos la mierda a cubos de milagro... y este calor... —miró el termómetro colgado en la pared, una vieja reliquia de tubo de mercurio. Cuarenta grados a la sombra. Porque no era capaz de subir más— ¡Deme soluciones, por el amor de Dios!

—Sí, comisario. Me pongo otra vez a ello. Como decía mi padre, hace un calor que hasta los alacranes van con sombrilla, ¿verdad? Je, je, je, jjj...

La fulminante mirada de Carrasco cortó la risilla estúpida del adjunto, que giró sobre sus talones y desapareció a toda velocidad. El intercom volvió a sonar.

—¿¡Sí!?

—Comisario, el supervisor San Juan por la línea uno.

—¿Por dónde si no? ¡Solamente tenemos una línea! —hizo una breve pausa y respiró profundamente— Pásemelo, hágame el favor...

Carrasco se colocó los auriculares y apretó el botón junto a su oreja.

—¿San Juan?

—¡Miguel, muchacho! —El Supervisor Ernesto San Juan, amigo de la familia desde hacía más de cuarenta años, prescindía con él (y le permitía prescindir) de formalismos en privado—. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Verá, Ernesto... sabe que no soy de quejarme, pero su gente en Invitación la ha cagado bastante. Cuando terminamos con la Fase Dos de reconstrucción en Bienvenida, nos dijeron que las instalaciones básicas de aquí ya estaban listas, que podíamos venir y empezar.

—Sí, algo he oído de eso. Precisamente en un par de horas tengo una reunión con Robles. A ver qué excusa me da, antes de que le saque la piel a tiras. Por lo demás, ¿se va apañando?

—Hago lo que puedo. Estamos montando las prefabricadas a buen ritmo, el alcantarillado y la fontanería no han dado problemas en las zonas residenciales, y el suministro eléctrico funciona de continuo. Si no se tuerce nada, creo que para finales de mes podrían asentarse otros cinco o seis mil colonos más.

—¡Ése es mi chico, carajo! Ya sabe que en diciembre se cumplirán quince años desde que se aprobó el Proyecto de Recolonización y Restauración de México. Sería magnífico poder presentar a la Junta un informe positivo de los trabajos. Y ya no digamos si el grueso del Sector Invitación pudiera estar operativo antes de las Fiestas del Aniversario.

—No puedo asegurar nada al cien por cien, pero es muy probable que tenga ese informe final antes de Navidad.

—De verdad que me alegra escuchar eso. Está haciendo un trabajo magnífico, Miguel, como siempre. Se ha ganado a pulso su puesto. Bueno, le dejo que estoy hasta arriba. Si se encuentra con cualquier cosa rara por culpa de mi gente, avíseme. ¡Hablamos!

La comunicación finalizó. Carrasco escurrió las almohadillas empapadas en sudor y se recostó en el pegajoso sillón.

«Se ha ganado a pulso su puesto.» Ciertamente es que había trabajado muy duro para llegar a comisario, pero los contactos de San Juan lo habían ayudado en buena medida. El ahora supervisor de Colonización Ernesto San Juan era amigo de los padres de Carrasco desde que éste

apenas levantaba dos cuartas del suelo y correteaba entre las piernas de los mayores jugando con pistolas de plástico. Para él siempre había sido el “tío Ernesto”.

Le facilitó el ingreso en el Departamento y fue tirando de él hacia arriba cuando era posible, lo cual era casi siempre gracias a la disposición del uno y el brillante expediente del otro. Cuando dos años atrás solicitó el puesto de comisario de Invitación para encargarse de las labores de recolonización del último (y más complicado) de los sectores, San Juan movió de nuevo unos cuantos hilos para facilitar el proceso. Aunque en este caso, ningún otro quiso hacerse cargo de semejante problema.

Carrasco frunció el ceño y se ahuecó el cuello de la camisa. En ocasiones como aquella no podía decir que se arrepintiera de su decisión, pero sí que echaba bastante de menos su acogedor (y muy, muy fresco) despacho de adjunto en Buena Esperanza, la mayor ciudad de los reconstruidos Nuevos Pueblos.

Un creciente jaleo en las oficinas interrumpió sus pensamientos. La puerta del despacho se abrió sin llamada previa y por ella irrumpió Gálvez, llevando de la mano a un crío de siete años. Su sobrino Tim.

—Comisario... yo... disculpe...

—¡Esperen un momento! —Carrasco alzó la mano para imponer silencio. Fue alternando la mirada entre Gálvez y su sobrino hasta que, finalmente, señaló al pequeño— ¿Se va a encargar él de arreglar el aire acondicionado?

Gálvez bajó la cabeza y sonrió tímidamente.

—No, verá...

—¿Ahora somos también una escuela de primaria?

—¡Don comisario! —interrumpió el chico— ¡Tiene que venir con nosotros! ¡Tiene que venir a verlo... es... venga! —Tim estaba visiblemente nervioso, emocionado. Atacado.

Gálvez medió de nuevo ante la mirada inquisitiva de Carrasco.

—Ha ocurrido algo a las afueras. La gente se está concentrando allí. Igual sería bueno que...

—Vaya a por el Jeep —zanjó Carrasco.

En la calle el calor era aún más insoportable. Además del sol, cayendo a plomo, una tórrida brisa arrastraba el polvo y la arena. Sin embargo, a pesar de la temperatura y de la agitación a las afueras, había movimiento en la zona. Varios operarios seguían con su labor de instalación de casas prefabricadas a lo largo de la vía principal de la colonia. Aquello cada vez se parecía más a la avenida proyectada, pese a que en vez de aceras, fuentes y tiendas se veía una importante cantidad de allanadoras, apisonadoras, perforadoras, grúas, camiones y demás vehículos de construcción.

El sargento Espinosa carraspeó levemente. Ya lo esperaba al volante, con Gálvez y su sobrino en los asientos de atrás. El chico no paraba de morderse las uñas, retorcerse los dedos y tirarse del borde de la camisa.

Tardaron apenas cinco minutos en llegar a las afueras. Un nutrido grupo de personas se apiñaba allí, muchos alzando sus móviles, cámaras y v-coms personales hacia el centro del corro. Dos operarios se afanaban por descargar material de una pequeña furgoneta del canal de televisión Mex4.

—Pfff... ¿Periodistas? —musitó Carrasco.

Espinosa tocó el claxon y la multitud empezó a abrir un pasillo por el que avanzó el Jeep. En el centro, los otros cuatro miembros del Cuerpo Local se esforzaban, con no mucho éxito, en establecer un perímetro.

El comisario bajó del coche, hizo un ademán a modo de saludo que los miembros del Cuerpo correspondieron, y se dirigió hacia el centro. Entonces lo vio.

—¿Pero qué especie de...?

Se hizo un silencio sepulcral. Carrasco avanzó un poco más hasta quedarse a apenas unos pasos de lo que la gente miraba. Con los ojos como platos, el comisario se volvió de nuevo hacia el gentío y vio al pequeño Tim, con su excitada sonrisa de oreja a oreja, asintiendo sin parar y haciéndole señas para que continuara.

Carrasco era alto y corpulento, pero la figura que se alzaba ante él era de su misma altura. Una mujer, de pie, completamente inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte.

Decir que aquella criatura era indescritiblemente hermosa hubiera sido quedarse corto. Con el vello erizado, agarrándose los hombros con las manos, el comisario comenzó a rodear la figura. La mujer, levemente inclinada hacia atrás, sujetaba un arco largo en su mano izquierda. La derecha, levantada a la altura del hombro, parecía querer tocarse los cabellos o sacar una flecha del carcaj que portaba a la espalda.

—Esto... esto es... ¿Cómo es posible...? —una pequeña nube de vaho salió de la boca del comisario. El sol, que había castigado sin piedad hasta hacía apenas unos minutos, parecía no tener efecto en aquella zona. ¿Se le estaba yendo la cabeza?

Echó otro vistazo a la multitud que se encontraba a su espalda. Una mujer cubría con su chal el cuerpo del bebé que llevaba en brazos. No, no era impresión suya. Allí hacía frío.

Volvió de nuevo a centrarse en la figura que tenía frente a él. Una fina película transparente cubría su cuerpo. Carrasco alzó la mano con intención de tocarla, pero una sensación de entumecimiento invadió su brazo y la bajó de nuevo. Dentro, se distinguían los detalles de un

chaleco negro atado por cuerdas al frente, un ancho cinto de cuero y unas botas altas y verdes. Los cabellos, largos y rubios, estaban recogidos por una sencilla diadema y llegaban a la altura de las caderas.

Si no hubiera sido por estos detalles, quizá Carrasco hubiera pensado que se trataba de una escultura, la más bella escultura que él hubiera contemplado jamás.

Pero aquella criatura era real. Inmóvil, pero real. La mujer más hermosa de la tierra, totalmente congelada.



## Capítulo 2

Era la estampa clásica de cabaña de finales del milenio pasado: una casa de madera con porche, un porche con sus mecedoras, unas mecedoras que emitían un entrañable crujido al balancearse. El amplísimo y cuidado jardín, con árboles, huertecillos y grandes maceteros, daba un toque de verde que se fundía con la orilla del precioso lago. Una superficie de cristal, apenas perturbada por la leve brisa, destellando con los reflejos del sol de la tarde.

Dentro, otra estampa clásica: la imagen de una familia feliz, apacible. Jeanette M'bame conversando con su marido en el salón; su hermana Carol y su cuñado preparando la cena, y un revuelo de niños en torno a los abuelos M'bame. Martin y Esther eran los propietarios de aquella casa desde hacía más de cuarenta años.

Ese fin de semana habían recibido la visita de sus dos hijas, sus respectivos maridos y sus tres nietos. Martin ocupaba su butacón, qué típico también, con el pequeño Andrew sentado en sus rodillas. A cada lado, Cecilia y Carl, los hijos de Jeannette, con Matt, un amigo del colegio al que habían invitado. Y detrás de Martin, de pie, la abuela Esther, con las manos sobre los hombros de su marido. Era la estampa clásica de paz y felicidad. Y era casi del todo cierta, salvo por Martin. Porque el profesor M'bame no estaba en paz. No era feliz.

—¡Niños! —avisó Jeannette— No deis mucho la lata al abuelo, ¿de acuerdo?

—Tranquila, cariño.

Sonrió, mostrando su perfecta dentadura de un blanco impecable, destacada aún más en el marco de una cara negra como el azabache en la que sólo los últimos años habían empezado a dejar la marca del paso del tiempo.

—Abuelito, —Cecilia tomó la mano del profesor— ¿puedes contarnos la historia de cómo... perdiste el brazo?

Martin miró fijamente a su nieta.

—¿Cuántas veces necesitáis escucharla?

—Vamos, Martin. —La abuela M'bame se inclinó sobre su marido, hasta casi juntar las mejillas—. ¿Ahora te vas a hacer de rogar, con lo que te gusta contar historias a los niños?

El profesor miró de soslayo a su mujer, con una sonrisa cariñosa, y se dirigió a su nieta

—¿Seguro? Pero si ya os la sabéis de memoria.

—¡Abuelito! ¡Si no es por nosotros, es por Matt! Él nunca la ha escuchado... Bueno... sí, pero no de ti.

El pequeño Matt asintió, ruborizado.

—Profesor... me gustaría mucho escuchar la historia. Por favor, si a usted no le importa.

Martin estalló en una sonora carcajada.

—¡Pero bueno! ¡Qué bien educado está este chico! —El rojo de la cara de Matt era ya casi carmesí—. Aunque sólo sea por eso, desde luego que te la voy a contar.

El profesor acarició con el pulgar la mano de su nieta y se volvió para mirar el brazo con el que sujetaba a Andrew. Desde más arriba del

como, una prótesis sintética hacía y cumplía a la perfección las funciones de un brazo. Sólo un leve brillo plastificado y el ruido de los mecanismos internos delataban que no se trataba de un miembro natural.

—Bien. Veréis, niños, esta historia comienza hace unos cuantos años, poco después de que las Tres Diosas cayeran en la Tierra. El desastre que provocaron los meteoritos fue descomunal. Millones de personas perdieron la vida; ciudades enteras, países enteros fueron destruidos. Y gracias a que contábamos con el escudo de los Pilares. Si no, ninguno de nosotros estaría aquí. Cuando la crisis del impacto se atenuó, me encargaron formar un equipo para que investigara uno de los meteoritos. Las mediciones en la zona habían arrojado resultados muy extraños. No se trataba de radiactividad, ni de nada común a cualquier cosa que pudiera tener relación con el desastre. Era el frío... en la zona del impacto y a muchísimos kilómetros a la redonda, el frío era... —El tono de voz de Martin había ido bajando hasta convertirse casi en un susurro.

Esther volvió a poner las manos sobre los hombros de su marido.

—Cielo, ¿estás bien?

El profesor volvió como de un sueño.

—Sí, perdón. Continúo. Formé un equipo de cuatro personas: Carlos Aloisi, Anne Harlond, el joven Aarón Sierra y yo. Éramos probablemente los cuatro mejores investigadores en lo que a la Física del Frío se refiere. Recuerdo cuando llegamos a la costa de Alemania, desde donde debíamos dirigirnos al lugar de impacto de uno de los fragmentos menores. La desolación, el desastre, la tristeza... y esa niebla irreal, ese frío, ese horrible frío... A medida que nos acercábamos a nuestro destino, ni siquiera los equipos de aislamiento conseguían protegernos de la temperatura. Sólo Aarón parecía aguantar medianamente bien, probablemente porque su euforia y sus ganas de descubrir algo nuevo eran superiores a las de cualquiera. Y así llegamos

a la Zona Cero: un desierto helado de ceniza en cuyo centro estaba el cráter que Din12, uno de los fragmentos menores de Din, había producido. Descansamos y, al día siguiente, nos proporcionaron trajes de aislamiento térmico de última generación. Los cuatro descendimos al cráter con un equipo de operarios y empezamos las tareas de análisis. No voy a contaros rollos técnicos, niños. Simplemente deciros que aislamos uno de los subfragmentos más pequeños, lo analizamos y entendimos el porqué de ese intenso frío.

Martin hizo una pequeña pausa. Matt y sus nietos, excepto el pequeño Andrew que no entendía nada y se dedicaba a morder la hombrera de la bata de su abuelo, observaban perplejos.

—¿Y qué más, profesor M'bame? —preguntó Matt con un hilillo de voz.

—Verás... dentro de ese fragmento, al igual que vimos en el resto tiempo después, había un material. La gruesa capa exterior lo protegía. Era como si... para que os hagáis una idea, como si abrierais un gigantesco coco y dentro estuviera relleno de algo parecido al mercurio... Sabes cómo es el mercurio, ¿no, Matt?

Matt asintió varias veces, rápidamente.

—Pues ese “mercurio” era lo que producía el frío. Porque ese material...

—Abuelito —interrumpió Cecilia— eso que estaba dentro del meteorito es la embamerita, ¿verdad?

—Sí, cielo. Le pusieron ese nombre en mi honor por haberlo descubierto, por así decirlo. Embamerita...

—¿Y lo de tu brazo, abuelo? —preguntó Carl— ¿Fue por la embamerita?

—Sí, Carl, ya lo sabes. La historia no va a cambiar de la vez anterior a ésta —respondió Martin con un apenas perceptible tono de dureza, que aun así alertó a Esther—. Igual que tampoco recuerdo exactamente qué fue lo que sucedió. Sé que el profesor Aloisi y yo estábamos manipulando una de las muestras de estudio. Podría casi jurar que el fragmento estaba aislado, que todas las normas de prevención y seguridad eran correctas... pero de alguna forma, una pequeña gota de embamerita se desprendió... o apareció... no lo sé... pero cayó en mi brazo. Si sentí dolor es algo que tampoco recuerdo. Pero sí que sentí auténtico terror. Vi mi brazo... convertirse en... cristal... y al momento, desintegrarse... —hizo una pausa y entornó los ojos con gesto de dolor— Disculpadme, voy a la cocina.

Martin dejó al pequeño Andrew en brazos de su nieta mayor y se levantó con esfuerzo. Cierto es que el profesor M'bame ya tenía una edad, pero siempre había aparentado diez o quince años menos. Sin embargo, ahora era como si todo el dolor y las preocupaciones de su vida se hubieran aferrado a su cuerpo. Esther entró en la cocina detrás de su marido.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Martin respiraba entrecortadamente, la mandíbula apretada, mientras servía con mano temblorosa una taza de té. Respondió a su mujer sin levantar la vista del agua en ebullición.

—Lo hemos hablado muchas veces, Esther. Ya tienes que estar aburrida de escucharme. No fueron los meteoritos, no fueron los muertos, no fue el frío ni... no... ni siquiera fue perder el brazo... fue después.

Esther cogió a su marido por los hombros y lo obligó a darse la vuelta para mirarle a la cara.

—Sí, lo hemos hablado muchas veces, pero nunca has terminado de explicármelo. Durante todos estos años, siempre que sale el tema, la

conversación termina aquí. Nunca tienes problema en hablar de ello, como si empezar fuera el enésimo intento de liberarte de algo, pero ese algo sigue contigo. ¿Qué te ocurre, Martín? Suéltalo de una vez, por favor.

Los ojos del profesor estaban inundados de lágrimas.

—He tenido la suerte, el talento o la suma de ambas cosas para poder dedicar mi vida a lo que he querido. Tengo unas hijas y unos nietos a los que quiero con locura. Y te tengo a ti, Esther. Eres mi mujer, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Sin embargo, desde que eso me tocó, he tenido la sensación de que había algo que fallaba, algo que no podía controlar, que se me iba de las manos. La sensación de que todo lo que quiero podría esfumarse de la noche a la mañana. Empecé a notar cosas que no eran como tendrían que ser, y otras que eran como no era posible que fueran.

La abuela M'bame puso sus manos en las mejillas de Martín.

—Pero sabes que eso no va a ocurrir. No caerán más meteoritos, al menos que nosotros vayamos a ver. No más embameritas, no más accidentes. Estoy aquí, contigo. Todos estamos contigo, Martín.

—Sí, ya lo sé —respondió el profesor, cogiendo las manos de su mujer y volviendo a sonreír levemente. Entendió, una vez más, que intentar explicarlo no serviría para nada. —Será que estoy mayor y cansado. No sé cómo me aguantas.

—Te aguanto porque te quiero, tonto.

Permanecieron mirándose unos instantes hasta que Esther preguntó.

—¿Volvemos al salón?

Martín asintió.

—Venga, termina de contarles la historia. Yo voy a ver la tele un rato.

El profesor terminó de preparar el té. Escuchó a Esther en el salón, encendiendo la holovisión y hablando con sus hijas y sus yernos. También las voces de sus nietos, llamándole desde la salita.

—¡Ya voy, ya voy! ¡Un poco de paciencia!

Salió de la cocina. Su mujer, de espaldas a él, estiró un brazo en su dirección, indicándole que se acercara. Se puso a su lado y vio su cara de preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Deberías ver esto.

Entró en la sala y su mujer señaló el aparato de holovisión. En él, los informativos daban la noticia de una misteriosa arquera congelada. Martín palideció, con la comisura de sus labios temblando de forma evidente.

—No... no puede ser...

Esther miró a su marido con la tristeza de alguien que sabe que la persona a quien ama, después de cargar durante tantos años con una cruz, ve a lo lejos el monte donde él mismo ha decidido subir para poder terminar su calvario. La tristeza de la más absoluta impotencia.

—¿Te preparo la maleta?

Martin respiró hondo, sorbiendo la nariz. Se volvió y besó a su mujer. Y asintió despacio.





## Capítulo 3

Si se realizara una encuesta a todos los mayores de diez años con acceso a libros o cualquier tipo de tecnología, más del 95% diría conocer a Gary Gale Newmann. Uno de los mayores escritores de Literatura Fantástica de todos los tiempos, con adaptaciones de prácticamente todas sus obras a los distintos medios audiovisuales, especialmente *Las Videntes de Elian*. Una saga de cinco libros de los que cuatro ya estaban completados, y el quinto andaba en camino a un ritmo decente.

Bastantes menos personas sabrían decir que Nemo era el nombre de la residencia de Newmann, una finca de unas cuarenta hectáreas al noreste de Wanborough. La zona, desde hacía años, se había convertido en un lugar de peregrinaje casi santo que muchos admiradores visitaban a diario con la esperanza de ver al autor, aunque fuera desde lejos.

Pero lo que casi nadie sabía era que Nemo era el acrónimo de Nereida Moreau, la tercera y (de momento) última ex-mujer del escritor inglés. La única que, a pesar de llevar ya años divorciados, lo apoyó y creyó cuando se le vino encima el escándalo del cine Boulevard.

Habían pasado casi seis meses desde el incidente. Newmann pensaba todos y cada uno de los días en ello, en esta ocasión paseando bajo los abetos artificiales de su finca.

Nereida aguantó el demoledor diluvio mediático junto a él. De hecho, siempre estuvo y seguía estando a su lado desde el día que se

conocieron. Era tan diferente a cualquier mujer con la que hubiera tratado... Sobre todo, distinta a las dos petardas con las que había contraído matrimonio anteriormente.

La primera fue Penny. Relación clásica de pueblo pequeño, amigos desde el colegio, con familias que se conocían. La típica «pareja correcta porque así debía ser». Newmann no estaba enamorado de ella pero el plan tampoco estaba mal, así que ¿por qué no? La respuesta llegó apenas unos días después de salir de la iglesia.

Penny resultó ser una marujona agazapada en el pequeño cuerpo de una veinteañera. Un muermo insufrible de carácter arisco, intransigente, dictatorial y con menos erotismo que un documental de orugas. Su matrimonio duró poco más de un año, con el consiguiente disgusto de ambas familias y el cruce de acusaciones entre ellas: «Tu hijo es un sinvergüenza»; «Tu hija es una frígida». Insoportable. Así que tiró por la tangente, hizo el petate y se fue a Londres. A la aventura.

Hanna llegaría muchos años (y mujeres) después. Se conocieron en la gala de presentación de *Miracassana*, la primera novela de género fantástico con la que se atrevía, y que logró catapultarle al Olimpo del género. Se casó con la psicóloga sudafricana cuatro meses después. Y la verdad es que todo parecía ir viento en popa.

Una mujer inteligente, cariñosa, con un sentido del humor absurdo muy poco habitual. Pero lo mejor es que era, simple y llanamente, una máquina perfecta de follar. Él ya estaba lejos de ser un chaval y andaba bastante curtido en temas de faldas, pero con Hanna aprendió todo tipo de maniobras, posturas, desviaciones, usos de utensilios, juguetes y complementos que jamás se le hubieran pasado por la cabeza. En ocasiones incluso se unía a la fiesta alguna amiga de su mujer. Sólo amigas, en femenino. Eso de que hubiera otras pichas por ahí que ver de reojo no le hacía ninguna gracia.

Sin embargo, como era de esperar con esa actividad frenética, a Hanna se le empezó a quedar escaso montárselo siempre con el mismo,

por muchas variantes que se incorporaran, y comenzaron las infidelidades. Hizo la vista gorda en más de una ocasión e incluso él mismo se permitió darse algún homenaje extra-conyugal. Sin embargo, el día que pilló a su mujer in fraganti, en su propia cama, con Mauro... Lo peor no fue el hecho del engaño en sí, sino la imagen de entrar al cuarto y ver al encargado de mantenimiento que se acababa de tirar a su mujer, limpiándose las pelotas con su bata preferida. Eso ya sí que no.

Mauro le sacaba una cabeza y media espalda, pero aún se sorprendía al recordar su propia velocidad, fruto de la rabia, arrancando una de las lámparas de la mesita de noche y reventando con ella la mandíbula del mulato. Un par de juicios, una indemnización decente para Mauro y su ya ex-mujer, y asunto solucionado.

Nereida llegó, como suele ocurrir, cuando Newmann disfrutaba de la tranquilidad de la escritura y alguna que otra fiesta. Más fiestas que tranquilidad, todo sea dicho. Pero se conocieron en casa de un amigo común, también escritor, y la cosa tardó poco en cuajar. Boda a los pocos meses incluida.

Por desgracia, los malos hábitos nocturnos y los excesos fueron minando la relación. Nereida sufría las borracheras de su marido, le hacía de chófer cuando se las agarraba de tal calibre que había que desplazarse al hospital... y así, mínimo, un par de veces por semana. Amén de organizar su trabajo, dar la cara por él cuando se retrasaba en los plazos, espantar a gorriones comebolsas y engañar de mil formas distintas a la prensa cuando preguntaban sobre su estado de salud. Hasta que ya no pudo más y se marchó. Bastante había aguantado la pobre, la verdad. Tenía el cielo ganado para las próximas cinco vidas.

Aun así, conservaron muy buen trato. Siempre la consideró su mejor amiga, y así lo confirmó con su presencia y su ánimo inquebrantables cuando ocurrió todo ese disparate incomprensible del cine.

No conseguía sacárselo de la cabeza, y seguía pensando en ello ahora, según volvía de acompañar a Maurice a la salida del recinto exterior. El

siempre correcto Maurice, hermano de Nereida, ex-cuñado y gran amigo conocido por la mayoría por el demasiado obvio sobrenombre de Momo. Era prácticamente un clon masculino de su hermana pequeña e igual de buena persona. Tanto, que todos los días se acercaba a echarle una mano con la mudanza.

Newmann quería, necesitaba, un cambio de aires. Estados Unidos o España parecían buenas opciones, aunque dudaba que su fama le permitiera pasar desapercibido en prácticamente cualquier lugar del mundo, habiendo ya descartado Groenlandia y otros destinos similares.

La figura menuda del escritor deambulaba por los corredores de árboles sintéticos, envuelto en una larga y fina bata que cubría una vieja camiseta interior de tirantes, unos pantalones cortos de deporte y la mayor parte de las chanclas de piscina. En pleno noviembre, qué jodida locura de clima.

Y su cerebro regresaba una y otra vez al cine Boulevard.

Recordaba la visita a finales de mayo de John Phillippe, ni más ni menos que el vicepresidente de Houband Entertainment. Ese señor debía creerse la hostia de importante (y lo era) porque se presentó en Nemo una buena mañana, sin avisar ni pedir cita, acompañado de su chófer, dos asistentes y uno de sus responsables de división. A los que hubo que servir aperitivos, bebidas, comida... parecía que llevaran una semana de ayuno, qué ansia y qué pereza de gente. Amén del documento de confidencialidad que le plantaron en la cara nada más llegar, por el que se comprometía a no difundir nada de lo que aconteciera ese día.

Entre cóctel y cóctel, Phillippe le fue explicando todo lo relacionado con Houband. La megacorporación audiovisual, los dioses del entretenimiento multimedia y otros muchos calificativos autofelativos que hacían entornar cada vez más los párpados de Newmann hasta convertir sus ojos en dos puñaladas sobre una bolsa de cartón.

Todo aquello le importaba entre poco y nada. Se encontraba absolutamente enfrascado en *Exilio*, la novela que concluiría su gran saga, como para que vinieran esos estirados a reventar su tiempo, su despensa y su bodega. Y ese Michael Wong, el responsable de la división Asiática... por Dios, daba grima la forma embelesada con la que observaba a Phillipe cada vez que abría la boca, haciendo incluso gestos involuntarios con las cejas y moviendo los labios, repitiendo casi a tiempo real lo que su amito decía. Newmann llegó a mirar más de una vez si Wong tenía alguna mano por dentro del pantalón. No le hubiera extrañado en absoluto.

Pasaron casi dos horas de exhibición retórica, cuando Newmann ya se estaba levantando para ofrecerles muy educadamente una visita guiada de vuelta a sus respectivas putas casas. Phillipe pareció adivinar el profundo sopor de su anfitrión y cambió de tercio. Al que realmente importaba.

#### La Proyección Verdadera.

El escritor se clavó en su postura de llevar anclas sobre el sofá, con un hueco de apenas un dedo entre culo y cojín, y volvió a sentarse. Fue Wong quien tomó la palabra esta vez.

A medida que iba hablando, los ojos y la boca de Newmann fueron abriéndose por igual. Lo que aquel coreano de (horrendo) traje caqui le estaba explicando quedaba fuera de toda lógica, sentido común e incluso rigor científico: Houband llevaba años trabajando en un proyecto que no sólo conseguía estabilizar un material de propiedades físicas absolutamente disparatadas, sino que además... Venga, hombre, era imposible.

¿Le estaba diciendo que ese sistema era capaz de reproducir, mediante unos conectores neuronales con los que podía enchufarse cualquier persona mínimamente preparada, cualquier tipo de pensamiento o emoción que se le pasara por la cabeza y visualizarlo sobre una pantalla?

Newmann no sabía si sentirse fascinado ante tamaño artilugio o de mala leche por no habersele ocurrido a él esa idea para alguna de sus novelas. En cualquier caso, era un hecho. Al menos eso decían aquellos señores de Houband.

Pero lo mejor de todo es que estaban allí, en su casa, hartándose de unos canapés que ya no le importaban, para ofrecerle que realizara las pruebas principales y estrenara el sistema de Proyección Verdadera. Una premiere, la más grande de la Historia Audiovisual, al alcance de apenas un puñado de privilegiados en la que él, Gary Gale Newmann, proyectaría directamente desde su cabeza el primer libro de la saga de *Las Videntes de Elian*.

Acojonante.

Miles de preguntas se agolparon bajo su espesa y descuidada mata de pelo: ¿Qué sistema era ése? ¿Qué material empleaba para poder ver y escuchar los pensamientos de alguien? ¿Cómo reproducía vídeo y audio, y con qué fidelidad? ¿Valdría para imaginarse guarradas? ¿Le freiría la cabeza?

—Doy por hecho que acepta —comentó Phillippe con una leve sonrisa que se le antojó tan prepotente como encantadora.

Acordaron una reunión para la siguiente semana, donde irían contestando a todas sus preguntas al tiempo que iniciaban su preparación, estimada en cinco meses. Período que Newmann estaría obligado a pasar en las instalaciones tecnológicas de Houband, en Los Angeles.

Una semana en la que comprobar y firmar con sus gestores la ingente avalancha de acuerdos de confidencialidad, exenciones de responsabilidad y documentación técnica. No tenía que preocuparse de nada más, ya que se le prohibía expresamente introducir en el recinto cualquier material ajeno a Houband, y la propia compañía se había

encargado de hablar con la editorial para prolongar sus plazos de entrega.

Seguía sin entender muchas cosas, y todo el papeleo sólo contribuyó a generar más preguntas. Bueno, cada cosa a su tiempo. Por el momento, el resumen que había compuesto en su cabeza era pasar unas vacaciones muy bien pagadas en Los Angeles, recluso en unas instalaciones de lujo en las que prácticamente tendría que entrar en bolas, para ser el protagonista de la mayor revolución audiovisual jamás vista. Y con drogas gratis para favorecer, agilizar y estabilizar el proceso, según figuraba en varios dossiers médicos enviados por los burócratas de Houband. ¿Qué más podía pedir?

El propio Phillipe lo recogió nada más pisar el Aeropuerto Internacional de Los Angeles. Diez minutos de charla intrascendente amenizaron el trayecto hasta las afueras de la ciudad, donde se ubicaba CITHE, el Centro de Investigación Tecnológica de Houband Entertainment.

Había imaginado el complejo de muchas formas, pero ninguna se acercaba ni de lejos a lo que vio al bajar del vehículo. CITHE era una pequeña ciudad de edificios residenciales bajos en tonos blancos y negros cerámicos, con amplísimas avenidas ajardinadas, comercios locales y establecimientos de ocio. Nostálgicamente preciosa.

Miró extrañado a Phillipe, que comprendió al momento su expresión. Con esa sonrisa tan característica de él, señaló un par de veces hacia el suelo y después a una estructura que al principio había tomado por una marquesina de transporte público. Uno de los muchos ascensores que conectaban con las instalaciones subterráneas.

CITHE estaba construida para sus empleados y alguna esporádica visita turística. Una ciudad en la que vivir y obtener fácilmente todo lo que los trabajadores pudieran necesitar, para que su única preocupación fuera ofrecer un rendimiento laboral óptimo.

Tras medio minuto de trayecto en ascensor, sus puertas se abrieron revelando la segunda parte de la maravilla. Una réplica estructural de la ciudad que ahora quedaba sobre sus cabezas se extendía ante ellos, si bien ésta se asemejaba más a lo esperado para cumplir su función. Un espectacular complejo tecnológico donde Houband realizaba la mayor parte de sus labores de I+D.

Lo condujeron a una sala, donde dejó sus pertenencias, le facilitaron ropa y procedieron a un último repaso de las normas.

—Como ya sabe, tiene terminantemente prohibido salir de CITHE, así como adquirir cualquier tipo de producto que no haya sido supervisado por Houband —le comunicó Phillipe—. Todos aquí están al corriente de su llegada y ningún establecimiento le facilitará artículo alguno. Si necesita cualquier cosa, pídanosla a nosotros.

Cuando finalizó la charleta, una visita guiada de tres horas le sirvió para conocer los edificios y funciones más importantes del complejo y a varios de los responsables del proyecto para el que había sido contratado. Al frente del mismo estaba Mary Wong, hermana del mismísimo Michael Wong y, por suerte para la vista, bastante más guapa y elegante que su hermano.

Phillipe se despidió, dejando a Mary como encargada de la última parte del recorrido, sin entrar aún en grandes detalles. Lo puso al día principalmente en temas de horarios y hábitos a seguir, y finalizó acompañándolo de nuevo a la superficie para mostrarle su alojamiento. Un chalet de lujo en el que estar a sus anchas, pero del que, según Mary, disfrutaría poco debido al exigente calendario que tenían por delante.

Esa noche fue la última que pasó dentro de una relativa normalidad. Le entusiasmaba todo lo que estaba por venir y aprovechó la falta de sueño para revisar de nuevo una copia con toda la documentación del proyecto. No consiguió quedarse dormido hasta bien pasadas las 4:00, por lo que se cagó en todo lo cagable cuando la alarma de la IA



doméstica lo puso en pie a las 6:00. Mary lo recogió a las 6:40 para realizar el reconocimiento médico y comenzar su preparación.

La primera semana le resultó un coñazo tan absolutamente insufrible que llegó a plantearse abandonar el proyecto. Sesiones de meditación y psicoterapia para reforzar sus dotes de concentración; evaluaciones psicológicas; comidas muy estrictas (y de raciones bastante escasas)... todo ello unido a las primeras pruebas con cócteles de fármacos que, según los expertos, contribuirían a que mantuviera el foco y se relajara. Que fluyera. Dios santo, sólo faltaba el perolo de ponche envenenado, las togas y cogerse juntos de la mano esperando que la muerte viniera a buscarles a la salida del sol. Además, las drogas no resultaban tan divertidas como había pensado. Lo aturdían, como si no tuviera ya suficiente con los discursos de los Hijos de la Secta del Subsuelo.

Sin embargo, pasados los primeros siete días, su cuerpo y mente comenzaron a acostumbrarse. Recuperó parte del ánimo perdido y hasta se permitió un par de coñas subidas de tono hacia la doctora Wong, que encajó con bastante soltura. Los informes psicológicos no mostraban nada particularmente extraño, por lo que los responsables de Houband decidieron avanzar a la Fase Dos, con una semana de adelanto sobre lo previsto.

Así, en su octavo día en CITHE, fue conducido a la habitación Cero.

Contempló atónito la inmensa sala de operaciones, llena de ordenadores, monitores, artilugios y cachivaches, que se veían como meros trastos ante la imponente presencia del Marco.

En el centro de la estancia, una estructura rectangular algo más pequeña que una lona de cine clásico permanecía suspendida en el aire a medio metro de una enorme plataforma. Un inmenso marco de apariencia similar al aluminio contenía, sin llegar a tocarlo, una especie de lienzo compuesto por un material muy semejante al mercurio. Y todo ello, aislado del resto de la sala por un cristal esférico.

Justo enfrente, del otro lado, un único gran sillón con cientos de cables que conectaban bajo el suelo con la estructura de la pantalla. Así que eso era, el famoso panel de embamerita que se mencionaba en la documentación técnica.

Se acomodó en el sillón siguiendo las instrucciones de Mary, mientras varios operarios se afanaban con distintos programas de ordenador o ajustando cables y cacharros sobre su torso y cabeza. Uno de los currantes, con cara de especialmente espabilado, asintió y Mary se sentó en una silla junto a él.

La pantalla emitió un tenue zumbido y pareció desprender un ligero brillo. Tenía los huevos de corbata, para qué negarlo.

—Gary, no tenga miedo. —La mirada con los ojos como platos del escritor y las cejas rozando casi el nacimiento del pelo, sacaron una sonrisa a la doctora—. En cuanto empecemos verá que no tiene el más mínimo motivo.

Asintió con un par de gestos rápidos, llenó el pecho de aire e hizo por relajarse.

—Ahora quiero que cierre los ojos, mantenga una respiración uniforme y centre su mente en una escena de *Las Videntes de Elian*, a ser posible del primer libro. Intente visualizarla lo más claramente que pueda, con cada detalle de imagen y sonido, como si estuviera allí. Quiero que sienta qué es lo que ve y lo que escucha y se lo cuente en silencio a usted mismo. Y sobre todo, ocurra lo que ocurra, no abra los ojos hasta que yo se lo indique. ¿Está preparado?

De nuevo la misma mirada. De nuevo la misma sonrisa como respuesta.

—Bien, vamos allá.

Cerró los ojos tal como se lo habían pedido, inspiró despacio, y fue evocando en su mente el inicio de la saga de *Las Videntes de Elian* tal

como él mismo lo había imaginado al escribirlo: Oneia atravesaba a caballo el bosque de Randuru, su pelo cobrizo al viento, para salir de entre los árboles a lomos de su corcel y contemplar, allá abajo en el valle de Sinaya, la aldea que llevaba el mismo nombre. El viento era frío ya que el alba había despuntado apenas una hora antes, y los primeros rayos de sol inundaban la escena de colores amarillos, verdes y pardos, acompañados por el trinar de los pájaros.

Qué coño, ¿estaba imaginando los pájaros o los estaba oyendo de verdad? En ese momento notó la mano de Mary sobre su hombro.

—Abra los ojos pero siga concentrado en la escena. No pierda el hilo, por favor —la escuchó decir con voz temblorosa.

Así lo hizo, y sus ojos se inundaron de lágrimas, respirando trabadamente por la boca. Lo tenía delante, lo tenía a unos metros de su cara, en esa pantalla.

Ahí estaba Oneia sobre su caballo, observando satisfecha su aldea natal mientras se cerraba el manto sobre los hombros para atenuar el frío. Era exactamente como la había imaginado, hasta el último detalle. Escuchaba el murmullo del viento, veía las pequeñas sombras que las aves en vuelo proyectaban, el casi imperceptible murmullo de los aldeanos que comenzaban sus labores...

Giró la cabeza y miró a Mary con la expresión del niño que acaba de descubrir sus regalos de Navidad. La doctora asintió satisfecha y gritó un «¡Sí!» que todos los técnicos presentes acompañaron con un atronador aplauso y gritos de júbilo, mientras la imagen de la pantalla perdía nitidez y desaparecía.

Lo habían conseguido.

Tres horas más tarde realizaron una segunda prueba, con los mismos resultados. Para ser el primer día era más que suficiente.

Phillipe pidió cerrar esa noche el mejor restaurante de CITHE, donde celebraron el éxito con los principales responsables del proyecto. Michael Wong también asistió, ataviado con una americana roja y un pañuelo blanco al cuello. Por Dios, ¿es que ese hombre no tenía espejos en casa?

Durante la cena, el vicepresidente, los hermanos Wong y Newmann conversaron animadamente sobre los avances en la Proyección Verdadera. Por supuesto que ya había sido probada con anterioridad, pero a unos niveles muchísimo más básicos y con resultados muchísimo más discretos que los conseguidos aquel día.

Phillipe explicó a Newmann que, de hecho, fue la propia presidenta de Houband, la CEO Harris, quien solicitó específicamente al escritor para que interviniera en la fase final del proyecto. Era una gran admiradora de su trabajo y estaba convencida de que nadie como él sería capaz de transmitir sus pensamientos a la pantalla. Así había sido y en tiempo récord.

Las estimaciones iniciales apuntaban a dos semanas para que se adaptara a las instalaciones y pudiera asimilar tanto la formación como los fármacos. Después, varias sesiones a lo largo de un mes conectado al Marco para empezar a formar imágenes y sonidos coherentes. Pero Newmann lo había logrado a la primera, dejando mucho más tiempo por delante para practicar y mejorar, tal como ocurrió durante los meses siguientes.

Sus proyecciones eran simplemente maravillosas. Incluso cuando empezaron a hacer pruebas de distracción, supo concentrarse para no perder el hilo y seguir volcando su mente al Marco sin interrupciones.

Recordaba especialmente un día, con Phillipe presente en la prueba, en que la doctora le pidió que imaginara cualquier cosa, algo que no tuviera nada que ver con *Las Videntes de Elian*, y se concentrara en reproducirla. «De acuerdo, dejemos volar la imaginación.»

La pantalla comenzó a iluminarse y el sistema de audio reprodujo tenuemente el sonido del mar. La imagen fue haciéndose más clara. En la inmensidad del océano, una plataforma flotaba unos dos metros por encima de la superficie. Sobre ella, en una cama de enormes proporciones, Newmann y la doctora Wong, desnudos, se lo pasaban en grande ante la mirada de una pantera negra a sus pies. La copiosa lluvia rodeaba el único rayo de sol que atravesaba las nubes, iluminando a los amantes y al felino.

Escuchó la carcajada de Phillippe y el «ya es suficiente» de la doctora tras golpear varias veces su hombro.

—Le has dicho que imaginara lo que quisiera, ¿no? —dijo el vicepresidente, muerto de la risa, mientras Wong se daba la vuelta y abandonaba la sala, con la cara roja por completo.

Esa noche, Newmann se encontraba leyendo tranquilamente en el chalet cuando llamaron a la puerta. Abrió y allí estaba la doctora. Era la primera vez que la veía sin ropa de trabajo, con una camisa blanca entallada, pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas.

—Buenas noches, Gary. Sólo venía a disculparme por... mi reacción de esta mañana. No ha sido muy profesional que digamos. He comprado algo de cenar, por si quiere que lo acompañe. Algo rápido para que no se acueste tarde. Quería haber traído también una pantera, pero no he encontrado ningún sitio donde...

Newmann se hizo cargo de las bolsas que llevaba Mary y las dejó en el suelo.

—No hace falta ninguna pantera, doctora. Y lo de acostarnos pronto vamos a solucionarlo ya, si le parece —dijo cogiendo a Mary de la mano, haciendo que entrara en la casa.

A falta de sólo cuatro días para el gran estreno en el cine Boulevard de París, Newmann ya había reproducido varias veces *Nacimiento*, la primera de las cinco novelas que componían la saga de *Las Videntes de*

*Elian*, con resultados espectaculares. De hecho, la última proyección fue registrada y, si el día del estreno no lograba resultados incluso mejores, la copia actual se distribuiría meses más tarde como la primera película grabada a través del sistema de Proyección Verdadera.

Ya estaban preparando todo para el viaje. Newmann preguntó a la doctora por qué no se emitía esa copia en el cine, o por qué si acaso no se retransmitía en directo desde las instalaciones.

—Quieren que sea todo en vivo, in situ y de la forma más espectacular posible —respondió Mary—. Houband levantó el cine Boulevard y construyó allí un segundo Marco incluso mayor que el que conoces, precisamente con esa intención. Hay un cuarto insonorizado de paredes de cristal habilitado junto a la pantalla para que el público te vea mientras proyectas. La película y su creador, en directo, en la misma sala.

Le devolvieron los pocos artículos personales con los que había llegado, se cambió de ropa y puso rumbo al aeropuerto. Viaje a París sin escalas con tres días de margen para hacer un par de pruebas en el cine. Eso le dejaba dos días libres en la ciudad como gesto de buena fe por parte de la compañía, aunque tendría que someterse a un análisis en el hotel cada noche.

Desde el Nuevo Aeropuerto de Francia se trasladaron directamente al cine para que Newmann viera las instalaciones. El Boulevard tenía una de las salas más increíbles que hubiera contemplado jamás. Un cine de lujo con capacidad para trescientas personas, dominado por el espectacular Marco. En un lateral, el acceso a la sala técnica, donde tres operarios controlarían todo, y un pequeño cuarto acristalado y visible por el público con la silla de proyección.

Realizaron dos pruebas más en el Boulevard, con resultados incluso más espectaculares que los anteriores. Aquello iba a ser todo un éxito.

Llegó el gran día.

Acudieron sin falta las ciento veinticuatro personalidades a las que se había enviado invitación. Nadie quería perderse este evento. Otros quince asientos estaban reservados para el personal de la cúpula de Houband, y el resto para la prensa acreditada. Por supuesto, se les avisó de que estaba terminantemente prohibido el uso de cualquier dispositivo electrónico y que, como medida de seguridad, se emitiría un bloqueo de frecuencia durante la proyección, por lo que cualquier implante ocular no registrado podría sufrir daños, con graves consecuencias para la salud. Siete periodistas dieron media vuelta discretamente.

Newmann ya ocupaba su silla, acompañado de la doctora, con el cristal de la habitación aún en modo opaco para que no se les viera.

—Mary, ahora que tenemos un poco más de confianza... ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, dime.

—Si por cualquier cosa, este cacharro al final me acabara derritiendo el cerebro... ¿podrías encargarte de que tu hermano se vista como una persona normal?

—Eres imbécil. —La doctora sonrió y lo besó en la mejilla—. Me voy a mi sitio. A por ellos.

Cinco minutos después, el cristal se volvió transparente. Todo el público aplaudió, dirigiendo la vista hacia él. No les oía, pero les veía.

Saludó discretamente con la mano y escuchó por el sistema de sonido interno a uno de los técnicos.

—Señor Newmann, es su turno. Empecemos.

Las luces de la sala se apagaron. Cerró los ojos y comenzó, una vez más, a reproducir *Nacimiento* en su cabeza. Aquello ya era algo que se le hacía absolutamente natural. Oneia, Randuru, Sinaya, los espléndidos

muros de Öe, la ciudad capital, la Guardia de Plata y el rostro serio del rey Harold. Las discusiones del Consejo organizando los asuntos diarios, y el frenético movimiento en la plaza del Mercado, donde cientos de comerciantes gritaban las bondades de sus productos.

Debieron haber pasado unos quince minutos cuando escuchó sobresaltado una señal de alarma en la habitación. Abrió los ojos y vio las luces rojas parpadeando. Permaneció a la espera, sin saber qué hacer. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces entró Mary en la habitación, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué coño has hecho, Gary? Qué... ¿¡Qué especie de monstruo eres!?

Escuchó de fondo al público, absolutamente escandalizado. Dos miembros de seguridad de Houband acudieron y sacaron a Newmann del cine. Él preguntaba, pero nadie le respondía.

Le dejaron en la habitación del hotel. Tres horas más tarde, una pareja de la Policía francesa se presentó y solicitó su presencia en comisaría.

Durante el trayecto, la única respuesta que recibió fue un seco «por favor, guarde silencio». Nada más llegar lo condujeron a un cuarto con un televisor y varias sillas, algunas de ellas ya ocupadas. John Phillippe y Michael Wong estaban allí, junto a varios miembros de la Gendarmerie. Ocupó uno de los sitios libres y uno de los agentes tomó la palabra, mientras se levantaba y encendía la pantalla.

—Buenas noches, señor Newmann. Soy el comisario Girard. Si es tan amable, nos gustaría que nos explicara esto. Es de la proyección que realizó hace unas horas.

En la pantalla se reproducía *Nacimiento*, en el preciso instante de la llegada de Oneia a Öe. Entonces ocurrió.



Comenzaron a verse intromisiones en la proyección, a modo de cortes fugaces en los que aparecían otras escenas. Como si estuviera grabado en primera persona, un hombre propinaba una brutal paliza a una chica, semidesnuda y encadenada al techo de la habitación.

—Esperen, ¿me están diciendo que yo...? ¡Yo no he reproducido esa mierda!

—Gary, sólo usted pudo haberlo hecho, es el único que estaba conectado al Marco —intervino Phillipe.

—¿Puede alguien decirme de una vez qué cojones está pasando aquí?

—Señor Newmann, como puede ver, la calidad de las interferencias es bastante pobre, pero creemos que esa joven puede ser Marguerite Lacroix, una chica de diecisiete años a la que se dio por desaparecida hace apenas cuarenta y ocho horas. ¿Puede comentarnos algo al respecto?

—Comisario, no tengo ni idea de lo que me está hablando. John, Michael, ¿qué es todo esto?

Ambos se levantaron y abandonaron la sala.

—Gary Gale Newmann —continuó el comisario— queda detenido por el presunto secuestro y abuso de una menor. Tiene derecho...

Así fue. Sin tener la más mínima idea de lo que había ocurrido. Los interrogatorios se sucedieron en el que resultó ser uno de los casos más peculiares de la Policía. Newmann, acusado de varios delitos por proyectar sus propios pensamientos. Pensamientos que, según él, no eran suyos. Su abogado hizo todo lo que estuvo en su mano y, finalmente, seis semanas después, el escritor fue puesto en libertad ante la falta de pruebas. Pero el daño ya estaba hecho.

La opinión pública lo crucificó, la editorial rescindió su contrato, Mary no le cogía el teléfono... sólo Nereida estuvo allí. Creyó en él y le dio su apoyo cuando todo se había derrumbado.

Volvió a la realidad mientras abría la puerta de casa. Estaba patas arriba, como suele ocurrir cuando se planea una mudanza de grandes dimensiones. Fue esquivando montones de cajas y bolsas de plástico hasta sentarse en el sofá. Encendió el televisor. Todavía le gustaba el formato clásico, y no ese sistema extraño de holovisión en tres dimensiones que tanto lo mareaba.

En las noticias, una anciana llorando de felicidad y agradeciendo la reforma en el sistema de pensiones. Mira qué bien. La emisión se interrumpió y dio paso bruscamente a otra noticia en México, donde una joven había aparecido congelada a las afueras de un sector en construcción..

—¿Qué cojones...?

Newmann se acercó lentamente al televisor, hasta situarse a apenas dos palmos de distancia. Las cámaras enfocaban a la misteriosa arquera, que había aparecido de la nada, absolutamente inmóvil.

Se le pusieron los pelos como escarpas. Detuvo la reproducción, rebobinó y la puso en pausa, con la imagen fija en ella. Tocó el rostro de la muchacha en la pantalla.

—No me jodas... ¿In'Alya?